



PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
25 » extraordinarios... » 5

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

MADRID: trimestre. Ptas. 2,50
PROVINCIAS: » » » 3
EXTRANJERO: año... » 15

NÚMEROS ATRASADOS

Ordinario... Ptas. 0,25
Extraordinario... » 0,50

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27. - Madrid. —— A toda suscripción acompañese el importe en libranza ó sellos.

A D. Antonio Peña y Goñi.

GRACIAS, querido Antonio, gracias por las inmerecidas y laudatorias frases que me dedica en su artículo de LA LIDIA del 13 del corriente, al encomiar la nueva edición del Diccionario taurómico, de que es base el que publiqué en 1879, y acerca del cual se atrevió á decir, con el apasionamiento propio de usted cuando se trata de amigos, los siguientes para mí inolvidables párrafos:

«Neira es una de esas preciosas amistades que yo recabé de mis trabajos literario-aurinos. Ha escrito un libro colosal, *El Toreo*: colosal por la labor material que representa, y colosal por el número de datos que contiene. Ese libro debería ser la cartilla del aficionado, porque no se ha escrito nada tan completo ni tan sano, y hoy más que nunca, hace falta abrir los ojos á tanto y tanto aficionado, no por las corridas de toros, sino por uno ú otro determinado diestro.

«El libro de Neira tiene un defecto, es verdad. El bondadosísimo carácter de su autor, refractario á toda noción de malevolencia, le hace incompatible con las durezas de la crítica; por esa razón *El Toreo* es, más que libro de apreciaciones, arsenal inagotable de datos y noticias de toda especie, buscadas, reunidas y coordinadas con un tacto y un método realmente maravillosos.

«El optimismo de Neira, lejos de constituir para mí personalmente una cualidad desfavorable, me atrae hacia él, puesto que soy de los que estiman ridícula y hasta odiosa la crítica que se contrae á un espectáculo en que se juega la vida del hombre; pero aun en el caso de proclamar defecto en rigor de las leyes históricas, la benevolencia sistemática de Neira, queda á su magnífica obra su base principal, ese acopio inverosímil de datos biográficos, de términos técnicos, etc., etc., con los cuales puede cualquiera, á poca costa ser buen aficionado, y escribir si le place, excelentes revistas de toros.

«Dedico á Neira y á su obra este elogio póstumo de revistero de toros, cuando cortado el pelo, y rotos lápiz, pluma y papel, abandono definitivamente, y para siempre quizá, la arena. Bueno es despedirse con tan agradable recuerdo.»

El que es bien nacido, ¿puede olvidar favor tan grande? Aparte de lo mucho que le tengo dicho en reconocimiento de tan favorable juicio, ¿cuánto no debería decir ahora al leer que me trata nada menos que de eminente? Exageraciones de usted, que no tienen más apoyo que el de nuestra buena amistad. ¿Qué envidia me acosa al ver cómo escribe, especialmente cuando no se mete con nadie!

Pero viniendo al artículo, voy á manifestarle mi conformidad con sus aseveraciones innegables: «lo

bueno, lo mediano y lo malo, han reinado siempre,» y yo añado lo mismo en lo sucesivo, que reinarán á pesar de que soy viejo. Lo he dicho antes de ahora: toreros hay que pudieran ser tan buenos ó mejores que los antiguos, si observasen las reglas del toreo á que el público obligaba entonces. Es el modo de torear el que he criticado, no al que le ejecuta con aplauso de las masas ignorantes: ha variado el gusto ¿qué le hemos de hacer? A usted y á mí nos gustaba mucho Frascuelo por su seriedad formal y á otros no: querían alegría en los detalles, y no se cuidaban del fondo de la suerte: y rabiábamos juntos cuando no se le hacía justicia, ó sin ésta se aplaudía á otros, y quedaba cada loco con su tema. Por lo demás, no hay precisión de exhumar papeles para convencer á todos de que en picadores, banderilleros y espadas, hubo mucho malo; pero forzosamente hay que poner como ejemplo de buenos á los que descollaron como tales, así como á los que en los modernos tiempos se distinguen. Sonarán siempre en la historia Montes, Redondo y Cúchares con Cayetano; y cuarenta años más tarde Lagartijo, Frascuelo y Mazzantini con Guerra; pero se olvidarán los nombres de... otros, de igual manera que no han llegado á oírse los de aquellas nulidades que figuraron en lo antiguo. Estamos conformes y no hay sobre ese punto discusión.

A lo que no puedo prestar mi conformidad, es á la cita que, refiriéndose á la antigua edición de mi Diccionario, hace usted del insignificante error (así le llama) acerca del suceso que más descuella en la vida del Panchón. Me importaría poco que el pobre hombre, para salvarse del peligro, apretase el testuz del toro ó se fuese al cuerno, como dijo *El Correo* que usted copia, pero importa mucho cuando las cosas se hacen á conciencia, averiguar quién tiene razón. ¿A quién daría ésta, usted que es hombre de buen juicio y recto proceder en todo: al revistero del correo literario, desmentido al día siguiente por un aficionado, ó á las respetables firmas de D. José Velázquez y Sánchez y don Francisco de Sicilia y Arenzana? Vea usted que en los *Anales del toreo*, escritos por aquel distinguido literato en 1873 (2.ª edición), dice en la página 175: «... fué embrocado por el bicho, y habría sufrido una cogida terrible, si con pasmosa prontitud, y haciendo punto de apoyo en el mismo testuz con ambas manos, no hubiera huído el cuerpo en una media vuelta, etc.; y que el difunto ex dipu-

tado y notable escritor Sr. Sicilia, en su libro *Las corridas de toros, su origen, progresos y vicisitudes*, que dió á luz en el mismo año, diciendo que para ello no había tenido á la vista la obra antes citada, al hablar del Panchón en la página 165, expresa: «... pudo librarse de una muerte casi segura, apoyando las manos sobre el testuz del toro que le tenía arrollado. He leído eso mismo en otro libro que no cito, porque le perdí á la muerte de mi amigo D. José Carmona, á quien le presté poco antes, pero no hago de él punto de apoyo para justificar lo que escribí hace veinte años: basta con lo dicho por Velázquez y Sicilia.

De modo que, amigo Peña, no rectifico en mi nueva edición del Diccionario lo dicho en la primera respecto del lance ocurrido al Panchón, más que la fecha, y lo mismo haría usted en mi lugar, ¿no es cierto?

La cosa carece de importancia, pero si la tuviera, me habría servido para la esmerada corrección que hago en el nuevo Diccionario que usted alaba; la indicación referida, ¿por qué no me la ha dirigido personalmente, sin ir á las letras de molde? La hubiera agradecido más, como tengo en gran aprecio las noticias, observaciones y advertencias que de toda España y del extranjero me dirigen buenos aficionados, que parece se han puesto de acuerdo para ayudar á construir lo que usted llama «obra colosal», y no pasa de ser una muestra de la afición que al arte de torear ha tenido desde la niñez su constante amigo,

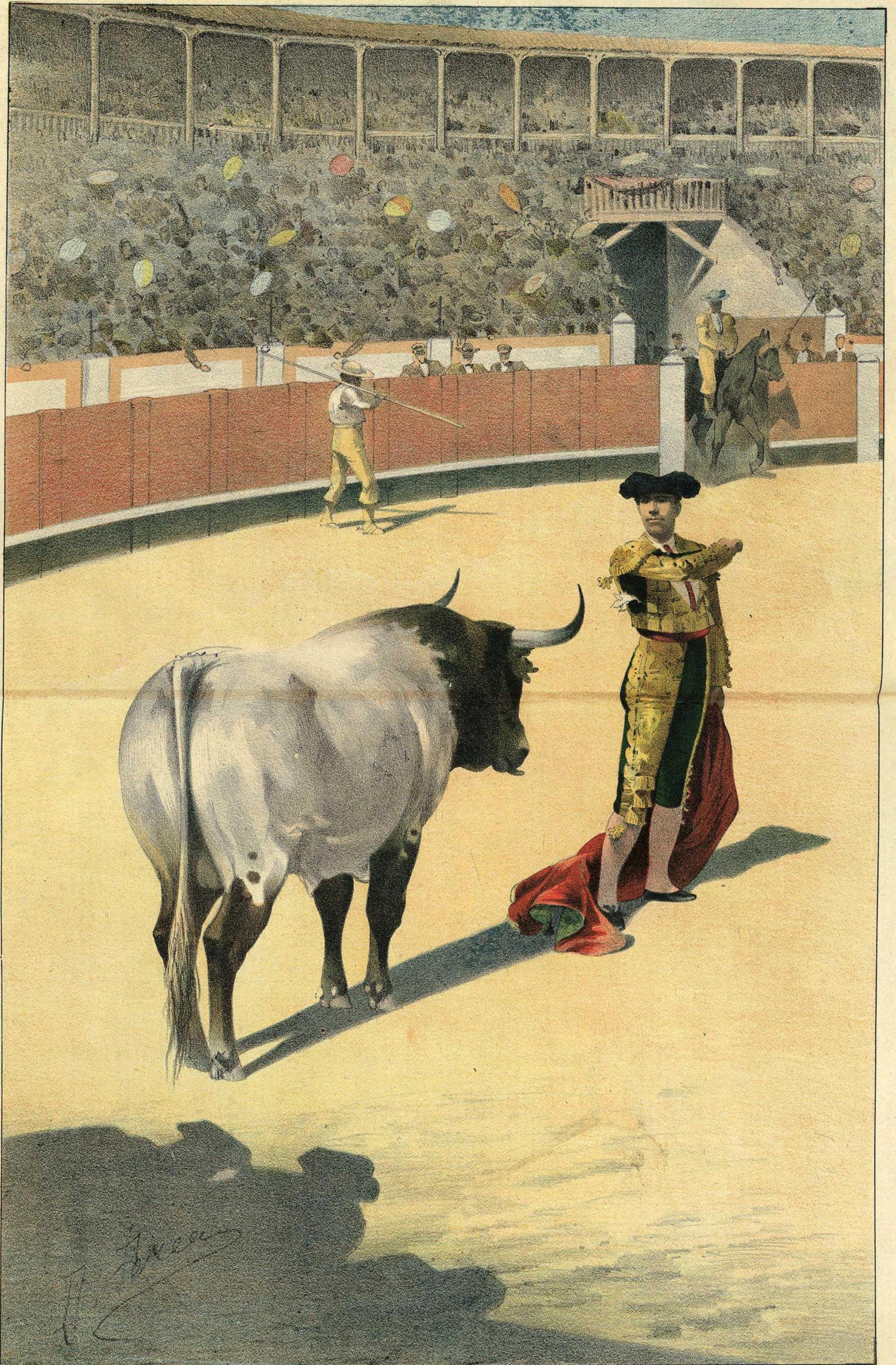
J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

Nuestro dibujo.

El hombre es un animal de costumbres, según la frase, no muy culta, pero sí muy cierta, admitida como proverbio de mucho tiempo á la fecha. Y la premisa es indudable: el que toma un camino, el que adopta un sistema, el que persigue un objeto, difícilmente se aparta de él; y de tal modo le domina y le sugestiona, que tras él va siempre, como impelido por una fuerza sobrenatural, y la mayor parte de las veces sin darse cuenta de ello, bajo el imperio sola y exclusivamente de la mera costumbre.

Todas las manifestaciones, las aspiraciones y hasta las ambiciones del ser humano, marchan influidas por la costumbre, y por regla general, éstas retratan y determinan, casi indefectiblemente, el carácter de una personalidad. En los trabajos políticos, en los burocráticos y en los artísticos, es donde más interviene la costumbre, hasta el punto de que en muchos casos forma un verdadero y peculiar estilo. El artista, que

LA LIDIA



trabajando á su aire ó á su manera crea obras que llegan á darle una representación propia dentro de la esfera en que se mueve, la pierde y descendiendo seguramente de su nivel, en el momento en que por exigencias ó complacencias mal entendidas, emprende con alguna violencia, por pequeña é insignificante que sea, la tarea á que se dedica.

Influjo es este del sistema ó de las costumbres de cada uno, al que, cuando no reviste importancia capital, ó se limita puramente á detalles de procedimiento, hemos bautizado con el nombre de *muletilla*. ¿Y quién es el que está exento de su *muletilla* correspondiente, máxime cuando lo que constituye su obligación obedece á un trabajo fijo y de escasa variación cotidiana?

Por eso en los toreros, la costumbre ó la *muletilla* si se quiere, está más arraigada y se comprende, por la necesidad de dedicarse continuamente al mismo trabajo, tan peligroso y que tanto cuidado exige, como la lidia de reses bravas. El lidiador, moviéndose ante los toros con arreglo á sus costumbres ó sus mañas, hace su faena más confiada; y como en esta clase de espectáculos, la confianza es quizá el auxiliar más poderoso para el éxito, lleva mucho terreno adelantado ó mucha ventaja ganada, trabajando desahogadamente y sin *comprimirse* en sus procedimientos ó aficiones.

Así vemos diestros, particularmente jefes de cuadrilla, que al empezar la brega con una res, emprenden con ella un pintoresco diálogo, como si el cornúpeto fuese á contestar á sus indicaciones; otros que están continuamente *chillando* á sus compañeros aunque se encuentren á veinte metros de distancia; otros que repiten ilimitadamente un monosílabo; otros que silban, y otros, en fin, que apelan á tan variadas como extrañas *muletillas*, con las que creen y consiguen en realidad, facilitar el desempeño de la misión que se imponen.

De igual manera en las demás suertes, y especialmente en la terminación de los quites, cada torero tiene su costumbre ó empeño; dando éste una vueltecita ante la cara del toro; aquél una *gofetá* en el hocico; uno parándole con la mano en el testuz; otro cruzándose de brazos ante la fiera, y así sucesivamente. Guerrita tiene la costumbre y la repite con mucha frecuencia, de quedarse parado delante del toro, en la actitud de intentar darle un bofetón; pero arrepiñándose de ello y despreciándole al fin, como demostrando la superioridad que en aquellos momentos adquiere el hombre sobre la fiera, que se detiene impotente ante la habilidad del rey de la creación.

Y tal es el asunto elegido por nuestro dibujante Daniel Perea, para el sencillo y bien interpretado cromó del presente número.

TÓDO

RECORTES

¿Conque la Diputación provincial de Madrid ha obsequiado á la esposa de Guerrita con unos pendientes que han costado siete mil pesetas?

¡Buen regalo y delicada manera de mostrar al espada cordobés el agradecimiento de la Corporación!

Por supuesto, que un Creso de los que se estilan ahora, y que actúa en *La Correspondencia de España*, pregunta muy azorado, si los diputados provinciales han pagado de su bolsillo particular el presente.

¡Ni que decir tiene, hombre! Tras los VEINTIÚN MIL Duros que Guerrita proporcionó á los pobres en la corrida de Beneficencia, ¿quién se atreve á distraer *siete mil pesetas* para dar las gracias al diestro por su noble proceder?

¿Cómo *cambean* los tiempos, y cómo se *afinan* la gentes! Cuando Lagartijo y Frasuelo torearon hace muchos años sendas corridas á beneficio de la Cruz Roja, se les hicieron magníficos obsequios, y á nadie se le ocurrió preguntar si aquellos regalos habían sido costeados por las damas que componían la Junta. Todo el mundo admiró y ensalzó el desprendimiento de aquellos dos grandes toreros, y no hubo más.

Pero desde que Guerrita trae, por lo visto, de cabeza á los filántropos de guardarropía, se han desarrollado en ellos unos pujos caritativos, que enternecen á cualquiera.

Y vamos á cuentas. ¿Por cuál razón esos individuos — entre los cuales debe figurar en primer término el anónimo redactor de *La Correspondencia* — se vuelven sordos, mudos y ciegos, cuando el filantrópico Bartolo, ¡ese bálsamo de la humanidad doliente!, arrampla con unos *cincuenta por ciento* que parten los corazones?

Tratándose de Guerrita, todo es poner los puntos sobre las íes; tratándose de Bartolo, ¡ancha Castilla! ¿Es que les lleva la cuarta el *general*!

Doña Emilia Pardo Bazán, en su cualidad de literata prolífica, amén de eminente socióloga, se ocupa de las corridas de toros en la *Ilustración artística*, y las defiende guapamente.

Que D.^a Emilia hable de una tesis *manida*, está bien. Que cite un método de sencillez *primigenia*, también está perfectamente, como lo hubiera estado asegurar que una corrida de toros no es ningún *pipiripao* ni ninguna *nequicia*, sino espectáculo *diaforético* y además un *griesgo* entre el toro furioso y el apuesto y garrido toreador.

Para más detalles, dirigirse á la enorme impedimenta que lleva á cuestas nuestro léxico nacional.

Pero que D.^a Emilia escriba: «En la bonita zarzuela *Pan y toros*, oye un viajante francés hablar de los *rubios del bicho* y apunta en su cartera: «todos los bichos ser rubios y ser grandes como vacas»; eso no puede pasar.

Señora; en *Pan y toros* no hay ningún viajante francés, ni se habla de los *rubios*, ni de los morenos de los bichos, ni de los cabellos, ni nadie apunta nada en su cartera, ni Cristo que lo fundó.

Lo decimos porque sentiríamos que se achacase á ignorancia *primigenia* tal error, ó se tachase de *vantlocua* á doña Emilia, que no es, en asuntos literarios, ninguna *pitofiera* ni *casquilucia*.

También, hablando de *Lagartijillo*, dice D.^a Emilia lo siguiente:

«Al oírse aclamar, el torero bajó la cabeza, serio y confuso, y dió la vuelta á la barrera, más bien triste que regocijado.»

Lo que no le han contado á D.^a Emilia, es que *Lagartijillo* sufrió en aquel momento tal ataque de hipocondría, que hubo necesidad de llevarlo al hule, donde sufrió síncope, cianosis y apnea, y volvió en sí gracias á copiosas y repetidas apocemas y una *mijita* de apoterapia, porque el pobre diestro comenzaba á sufrir apesalea y apsitiría, y se quedó analfabeto.

¡¡¡Y ustedes dispensen!!!

De la redacción de un apreciable colega se ha separado D. Angel Caamaño (*El Chiclanero*).

Pero ha quedado D. Angel Rodríguez Chaves (Montes). ¡Cualquiera puede ahora con *Paquiri*! ¡Y más llevando de banderilleros á *Achares* y á *Chilindrinas*!

Dulzuras — á quien agradecemos los piropos chirigoteros que nos ha propinado recientemente — queda para matar los toros de gracia, sin perjuicio de banderillar los que le correspondan.

Aunque lo manden á la enfermería.

Ferreras — Moret — Bretón
Moret — Bretón — Ferreras
Bretón — Ferreras — Moret
¡Ya somos tres,
tres, tres!

(Música de «*La Gran Duquesa*» ó de «*Los Amantes de Teruel*»; lo mismo da.)

Sabrán ustedes que hacen falta tres pies para un banco; sabrán ustedes que poseemos dos: Ferreras y Bretón; y sabrán ustedes que ya el banco está completo con el tercer pie, que lo es, para que nadie lo ignore, el pulquérrimo y almiarado D. Segismundo Moret y Prendersgast, cuyo segundo apellido ofrecemos á *Sobaquillo* para que lo añada á los de *Satrústegui*, *Zunzunegui* y *Zubizarreta*. ¡Tute de sotas!

El maestro Ferreras quería merendar en el campo, *sub tegmine fugi*, una tarde en que había corrida de toros en Madrid. Salió el del *moro* en demanda de una *manuela*, y mira por aquí, mira por allá, no encontró una para un remedio.

— ¡Oh los toros! — diz que exclamó Ferreras. — ¿Me privan de una *manuela* para *juerguear* en la verde campiña? Luego deshonran á la Humanidad. ¡Mueran las corridas toros!

Y desde aquel día nefasto, el maestro dispara con bala roja contra toros, toreros y aficionados, y desea un bólide que haga polvo á cuantos se ocupan de la fiesta nacional.

Núm. 2: el maestro Bretón. Este compuso durante su hirsuta juventud un porción de zarzuelas, más de una docena, que el público echó al corral por mansas. Después se marchó á Alemania, bebió allí una barbaridad de cerveza y volvió amenazando con los puños cerrados á las corridas, y diciendo que ellas eran la causa de nuestra barbarie artístico política agrícola-social.

Y para vengarse del género humano, lo apedreó con óperas. ¡Horrible venganza, cuyas consecuencias fatales no es posible calcular!

Ahora, hace pocos días, saltó y vino en el Congreso el Sr. Moret, quien, sin encomendarse á Bretón ni á Ferreras, soltó ante los rurales de la patria la estúpida afirmación de que el odio con que nos honran los *Garines* de los Estados Unidos, no tiene más base que nuestra afición á las corridas de toros.

¡Es claro! ¡Como que las preferimos mil veces á las que se verifican, en hemiciclo entero y en hemiciclo partido, en ese redondeo donde los políticos de pacotilla y las tiples ligeras de la charlatanería oficial y de oposición que nos des gobiernan, andan á la greña ó amasan hediondos pasteles para engañar al país!

Si los *yankees* tuvieran noticias exactas de esas corridas, hubieran ya encargado una ópera al maestro Bretón.

Y entonces... ¡Adiós Cuba!

Notas sueltas.

Sirviéronos la Empresa para la novillada del domingo 12 un *pisto manchego*, que no lo condimentan mejor en el propio país de donde toma el nombre. Se compuso de las *sobras* de varios platos ofrecidos anteriormente, y resultó una *menestra* de todos los demonios. Seis bicharracos averiados, cada uno de su padre y su madre, y tres matadores: uno de Sevilla, otro de Córdoba y otro de Madrid. ¡Cólico seguro!...

Fueron las seis piezas por este orden: una de mi amigo el Sr. Duque (sin *excelencia* todavía), que en fuerza de tanto machacar, dió al fin un desecho decente; pues el torillo fué uno de esos jaboneros, buen mozo, bravo y codicioso, salvo el ser mogón, que se prestó muy bien para toda la lidia; otro de A'leas, como de costumbre, un torazo sin sangre; otro de

Miura, de los de la legítima *tía Javiera*, y que poseen varios idiomas muertos; otro de Pérez de la Concha y otro de Ibarra, que actuaron en calidad de borregos serranos, y otro de Moreno Santamaría, que *se las traía*, á pesar de la santidad, y que según los programas debía ser mogón, como el primero.

Pero por más que busqué dicho defecto en cuestión, al cabo no me enteré de qué *sitio* era mogón.

Esta media docena de inválidos de poca monta, dejaron huérfanas de apoyo á diez monturas, sin que se hiciese digna de mención, de las plazas montadas, más que Telillas, que picó con mucha voluntad y valentía.

Nada que traspasase los límites de lo vulgar, pudo apreciarse en la suerte de banderillas, sino es el servicio de las mismas, que hace ya tiempo viene siendo, no solamente malo, sino escandaloso y abusivo, y sobre el que insistiremos si no se enmienda. Sobresalieron con el capote, Gonzalito, que bregó mucho y con conocimiento, y Vicente Vega.

Gavira, que actuaba de primer matador, iba con el decidido propósito de desquitarse del descabro sufrido en la corrida anterior. Tomó muy bien de capa en cinco bonitos lances al primero; estuvo muy eficaz en quites, y se ciñó y adornó con la muleta, haciendo una bonita brega; y al entrar á matar, con ánimo de cobrar al toro de la primera estocada, se acostó en el morrillo, costándole á éste, que era codicioso, poco trabajo alcanzar al diestro, suspendiéndole y volteándole. El espada se levantó resintiéndose de la pierna derecha, y sin quererse retirar á la enfermería ni dejar los trastos, descabelló al toro al primer golpe, después de la gran estocada en la que fué cogido, resultando con dos heridas en la región inguinal derecha, de cuatro y dos centímetros de extensión respectivamente, y de tan poca profundidad y consideración, que ya está casi restablecido, lo que muy de veras celebramos. ¡Bien por los toreros de vergüenza!

Saturnino Aransáez, que iba de segundas, desperdició lamentablemente la oportunidad de consolidar un buen cartel de novillero, pues le tocaron dos buenos toros, y por el percañe de Gavira otro más superior. Y sin que hiciera con el trapo más que dar vueltas alrededor de los bichos, al segundo lo despachó de un sablazo muy atravesado y dos intentos de descabello; al cuarto, que era de manteca, de otro sablazo que asomaba por el brazuelo, cuatro pinchazos más y tres intentos de descabello, escuchando un aviso; y al quinto de cuatro pinchazos, saliendo siempre de estampía, y una baja y delantera, que dió fin de aquel calvario.

Bailando seguidillas
en la cabeza,
Saturnino Aransáez
es una perla.
¡Ole con ole!
¡Y no te digo nada
con el estoque!...

El par de banderillas que clavó al mismo quinto, no merece tomarse en cuenta; y el salto de la garrocha al último, que hubiéramos aplaudido en otra ocasión, nos resultó en ésta, y después de tan mala faena, así como una suerte de *perdón* para borrar culpas anteriores.

Bebe chico cargó en esa tarde con el hueso. El tercero de Miura, que era un pájaro de cuenta, no le dejó campo de maniobras, y el muchacho harto hizo con defenderse y sacudirse el bicho, que le anduvo varias veces á los alcances, resultando la faena pesadísima y difícil, en la que pinchó unas seis veces, descabelló á la primera y escuchó un aviso. En el último, que también era un *cabayero*, el espada estuvo á igual altura y con los mismos apuros que en su anterior: pinchó tanto como en aquél, tomando una vez el olivo, llevando otra su revolcón correspondiente, y acabando ¡por fin! de una estocada atravesada y pescuecera. Con banderillas y en lo demás, nada.

El muchacho cordobés
nos dió en tal corrida *mico*,
quedando el buen Bebe chico
mucho más chico que es.

La Empresa salió adelante con la entrada: la Presidencia del Sr. Urbano nos resultó de extremada rusticidad, y la fiesta de tal aburrimiento, que al quinto toro nos parecía que hacía mes y medio que se había empezado. ¡De tales *latas*, *Aibera nos domine!*

Ayer domingo 19, habrá vuelto á reanudar sus trabajos, como matador de toros, el valiente espada Antonio Reverte Jiménez, completamente restablecido de la cogida que sufrió en nuestra Plaza el 31 de Mayo último.

El Circo afortunado, llamado á recoger las primicias, después de aquel contratiempo, es el de la simpática población francesa de Mont-de-Marsán, capital del departamento de las Landas, de la que pudiéramos decir á imitación del poeta, que es

«digna de ser hermosa y española»,
y en la que se habrá celebrado una corrida de seis toros de muerte de la ganadería sevillana de Clemente, estoqueados por el aplaudido diestro, en unión de su compañero José Rodríguez (Pepete).

Con semejante *reentré*
satisfechos quedarán,
de fijo, en Mont-de-Marsán
¡Oni, Monsieur!

Ayer salió para San Sebastián, donde permanecerá hasta fines de Setiembre, nuestro queridísimo amigo y colaborador Don Jerónimo.

Don CÁNDIDO